

¿Narcoinferno O Narcolandia? Una Epistemología Intempestiva Sobre El Relato *Oficial De La Violencia En México*

María L. Christiansen, PhD
Universidad de Guanajuato, México

doi: 10.19044/esj.2016.v12n11p129 [URL:http://dx.doi.org/10.19044/esj.2016.v12n11p129](http://dx.doi.org/10.19044/esj.2016.v12n11p129)

Abstract

The approach to narcotraffic violence is open to endless explanations, depending on the viewer's *perspective*. This article introduces a set of *ecological* metaphors, whose main advantage is to catch sight of the *complexities* inherent in the link between the narco-world and the legal culture. In clear opposition to the *official* story and *media* about this illicit activity, this paper presents arguments that call into question the presentation style that is common in political discourse and massive journalism. By appealing to notions like "narco-habitat", "relational ecosystem", and "narco-ecology", the possibility of understanding the phenomenon of drug trafficking without adopting a position will be explored. On the other hand, it is intended to show that the typical way of conceptualizing this phenomenon (narco-violence) suffers from *epistemological biases* that close creative interpretations and refreshed meanings. For that reason, the kind of *linear, individual, essentialist, condemnatory* and *criminalist* points of view (instituted and naturalized in Mexican public opinion) will be rejected.

Keywords: Epistemology; Narco-ecology; Violence; Complexity

Resumen

El abordaje de la violencia asociada al narcotráfico es asequible de infinitas explicaciones, dependiendo de la *perspectiva* del observador. En este artículo, se introduce un conjunto de metáforas *ecológicas* cuya fertilidad reside en vislumbrar las *complejidades* intrínsecas al vínculo entre el narcomundo y la cultura legal. En abierta oposición al relato *oficial* y *mediático* acerca de dicho ilícito, aquí se aducirán argumentos que ponen en duda el estilo de presentación que del mismo se hace en el discurso político y en el periodismo masivo. Apelando a nociones como la de "narco-hábitat", "ecosistema relacional" y "narco-ecología" se explorará la posibilidad de comprender el fenómeno del narcotráfico sin adoptar una postura

manifiestamente ética o enjuiciadora. Por el contrario, se pretende mostrar que la típica forma de conceptualizarlo adolece de *sesgos epistemológicos* que clausuran interpretaciones creadoras de sentidos renovados. Por esa razón se objetará el tipo de visión *lineal, individualizante, esencialista, condenatoria y criminalizante* que se ha intentado instaurar y naturalizar en la opinión pública mexicana.

Palabras claves: Epistemología; Narco-ecología; Violencia; Complejidad

Introducción

*“Y si soy el mayor de los pecadores,
soy también la mayor de las víctimas”*

Henry Jekyll ⁸

No se nace “narco”: se llega a serlo. Y si bien el “llegar a serlo” supone algún tipo de *participación* en el comercio ilegal, es mucho más que *eso*. El narcotráfico rebasa el multimillonario negocio de drogas ilícitas: es una forma de vida, arraigada en (y propulsora de) ideas, sensaciones y quehaceres que lo vuelven una cuestión *compleja*. No satisface *una* sola necesidad, sino múltiples. No cumple *un* mandato cultural, sino diversos. No desafía *una* forma de ver la realidad, sino varias. No se reproduce en función de *unos* pocos individuos demencialmente agresivos y codiciosos, sino de un amplio conjunto social que *simultáneamente* condena la industria de la muerte (“Narcoinfierno”) *pero* admira el paraíso de los placeres (“Narcolandia”).

Con tono provocativo pero elocuente, el colombiano Omar Rincón (2013) plantea las múltiples perspectivas que se plasman en el fenómeno *narcocultural*, el cual está hecho de aspectos que no se juegan exclusivamente en el orden material del *dinero*, sino en el plano simbólico del *reconocimiento*. En ese sentido, una lucha armada que omite, ignore o minimice el *background* desde el cual emerge su peso y su legitimidad está condenada al naufragio. La “*forma narco*” *se* resiste a la descripción *única*. En palabras del autor, “lo narco” condensa una fusión de experiencias y significados:

[Es] cultura popular (celebración de los modos vecinales y tradicionales de sobrevivir: la lealtad, el máximo valor), contracultura ante la modernidad (religión y familia por encima de democracia e institucionalidad), postcultura (*pastiche* donde todo símbolo juega desreferenciado de su valor de origen de clase, letra o gusto) (p. 5-6)

Al mismo tiempo, se constituye como “un producto de la *modernidad* capitalista: capital, máquinas y consumo; el cumplimiento popular del sueño

⁸ Stevenson, R. (2006)

del mercado liberal: *consumirás y serás libre*” (Ibíd., p. 6). Sin embargo, reviste valores más característicos de la *premodernidad*: “moral de compadrazgo, la ley de la lealtad al dueño de la tierra y lo religioso como inspiración ética: contracultura desde las lógicas de la identidad local que lucha contra el imperio del capital” (Ibíd., p.6). Y, como si fuera poco el enredo y la mixtura, asume un *ethos postmoderno*: “vivir el momento, consumir al máximo como modo de participar de la sociedad de bienestar, gozar el presente”. (Ibíd. p. 6). “Lo narco” revela un horizonte *simbólico-valorativo* cuyo lenguaje está constituido no solo por neologismos y resignificaciones verbales, sino por un género de comunicación que emite mensajes a través de su particular forma de inmiscuirse en el medio social. El triunfo rápido enquistado su propio legado: “*todo vale* para salir de pobre” (Ibíd., p. 3). Asimismo, hay mensajes (no explicitados) en el gusto por la ostentación, el derroche y la exageración. Maihold & Maihold (2012) lo relatan con impecable precisión:

En las instalaciones de la Secretaría de la Defensa Nacional, en la capital mexicana, existe desde 1985 el museo probablemente más completo sobre el mundo del narcotráfico. Este *narcomuseo*, que no está abierto al público, exhibe los procedimientos de producción y distribución de la droga y dispone también de una sala denominada 'Narcocultura' en la que se muestran las joyas, las armas, la vestimenta y los relicarios que les han sido decomisados a los narcotraficantes. La colección ofrece desde una Colt 38 de oro con incrustaciones de esmeraldas, una AK-47 con una palmera de oro en la cacha, una pistola con placas conmemorativas del día de la Independencia en oro, chamarras antibalas y pijamas blindados hasta la vestimenta 'típica', los celulares con marco de oro e incrustaciones de diamantes, relojes de marca con los más inverosímiles y caros adornos, San Judas Tadeo en platino y joyas de incalculable valor (p. 64).

Lo demás ya lo sabemos (o lo imaginamos, porque así nos los muestran las narconovelas, la narcoliteratura y los narcocorridos): guaruras, marcas carísimas, telefonía de última generación, coches deportivos y de lujo, fincas, mansiones, caballos, animales exóticos, aviones privados, fiestas, membresías en clubes *top*, entre otros.

Sin embargo, todo esto es sólo la punta del *iceberg*, la cara *amable* de un fenómeno *bicéfalo* que, en su composición interna, cobija las más brutales y sofisticadas formas de violencia sobre los cuerpos despojados de su humanidad (los decapitados, los colgados en los puentes, los cuerpos desmembrados y tirados en la calle, etcétera). La perturbadora arquitectura de la muerte se posa en el cuerpo roto con un mensaje encriptado que, según entiende Rossana Reguillo (2011), puede ser leído como “*memento mori* (“recuerda que morirás”) y, morirás tres veces: la de tu suplicio (la tortura

previa que es casi siempre imaginable), la de tu muerte y, tu muerte convertida en dato mediático (por ejemplo, cinco cabezas fueron encontradas frente a la Procuraduría de Justicia)” (p. 7).

Ahora bien, siendo obvio que este fenómeno *multifacético* y *perenne* no pudo engendrarse ni persistir en un *vacío* histórico-social, cabe suponer que debió nacer en (y alimentar a) un ensamblaje de creencias, valores y prácticas que favorecieron su advenimiento, su florecimiento y su sofisticación. Nos guste o no, ese narcoinfierno que nos aterra ha prosperado en un medial social donde confluyen un sinfín de “deseabilidades sociales” que no son fácilmente satisfechas fuera del narcomundo. He aquí su suerte y su destino.

Por ello quizás se tiene, frente al “narcoimplicado”, actitudes *ambivalentes*: repudio mezclado con envidia, temor mezclado con admiración, distanciamiento teñido por curiosidad morbosa. Extrañas sensaciones en conflicto, que nos arrojan implacablemente el interrogante postergado: ¿Qué nos dice la *narcocultura* sobre *nosotros mismos*? ¿Qué ideales y qué *sombras* se reflejan en su modo de existencia?

Narcoecología: Repensar las prácticas violentas desde una epistemología relacional

Si nos permitimos una pausa *reflexiva* y suspendemos el sesgo epistémico bajo el cual se ha observado al narcomundo desde la mirada instaurada (como “cosa de maleantes”), probablemente podamos acceder a una mayor comprensión de la conjugación de factores que lo sostienen. Y, para perplejidad de muchos, quizás podamos descubrirnos como parte de los engranajes que mueven día con día la “narcomáquina”.

En este artículo, para penetrar las aguas profundas de la narcoviolencia, nos serviremos de *metáforas ecológicas*, tales como la de *ecosistema*, *hábitat* y *nicho ecológico*. Un ecosistema es una *unidad* compuesta de organismos *interdependientes* que comparten el mismo hábitat. Éste último, el hábitat, se refiere al ambiente en el cual una cierta población reside, se desenvuelve y perpetúa su existencia *allí* porque el mismo le ofrece todas las condiciones necesarias para hacerlo, es decir, se siente *cómoda* en él porque cumple con todas sus expectativas. Ahora, en un mismo hábitat las especies cumplen funciones distintas y adquieren posiciones específicas, a lo cual se le denomina “nicho ecológico”.

La introducción de una “narcoecología” tiene como propósito central el ejercicio de cierta hermenéutica que permita aflojar el *corset* de la interpretación *simplista* del narcotráfico (que lo reduce a una *mera* exacerbación de la codicia y la mezquindad de sujetos malvados, viles y enemigos de la legalidad). La lectura simplista que nos interesa *questionar* apela a un modelo explicativo sustentado en una epistemología *lineal*, la cual

divide el mundo *binariamente* (causas y efectos, inocentes y culpables, víctimas y victimarios, buenos y malos). Desde tal óptica, no es posible divisar los matices, ni los tornasoles, ni las ambigüedades, ni las tensiones existentes dentro del *ecosistema relacional-social* del que forman parte tanto el narcomundo como la cultura legal.

Una de las plataformas de expresión en las que más asiduamente se vislumbra tal “miopía simplificadora” es en el modo de presentación usado por los medios de comunicación masiva, los cuales (funcionando como oasis de la opinión pública) preforman, gestionan y reproducen una representación criminalizada, psicopatologizante y desmoralizada acerca del narcomundo. Paralelamente, en el relato *oficial* abundan las descripciones que persuaden de que la narcoviencia es un cáncer social cuyas células malignas habitan en las *psiquis* pútridas de los delincuentes. Ante tal montaje narrativo, cabe sembrar la *sospecha*. Porque, encandilarnos con esa explicación sobre la violencia de los sujetos individuales (violencia *subjetiva*) podría alentarnos a creer que no existe otra. Como sugiere Zizek (2009), la violencia que se percibe como subjetiva “se la considera como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas “normal” y pacífico” (p. 10). Pero aquí reside, puntualmente, uno de los principales errores, que es el de ignorar que esa “normalidad” encapsula *otros* tipos de violencia, a duras penas identificables. Zizek señala, atinadamente, dos matrices “violentogénicas”; en primer lugar, la que denomina una violencia “sistémica” (cuya invisibilidad la hace comparable, metafóricamente, con la “materia oscura” de la física). La misma remite a las catastróficas consecuencias del funcionamiento homogéneo de la organización económico-política. En segundo lugar, Zizek menciona el tipo de violencia “simbólica” propulsada desde el lenguaje y sus contornos; ésta alude a la imposición semántica, la cual instituye un determinado universo de sentido (Ibíd.).

A la luz de estas consideraciones, sale a la superficie la insoslayable necesidad de contrastar y comparar los *marcos de supuestos* desde los cuales se procura establecer los móviles de la violencia ligada al narcotráfico. No es menor que se haya convertido en un “clásico” el hecho de observarla y enunciarla desde un conjunto de filtros emanados de una epistemología que, *siendo una entre otras*, se presenta como *evidente, única e insuperable*. Dicha epistemología, a la que se podría denominar “objetivista”, pretende estudiar la violencia según los parámetros de validación que usan las ciencias maduras y consagradas. El “experto” en violencia obraría desde un presunto *purismo* cognoscitivo basado en el mérito de observarla bajo prístinas condiciones de “neutralidad”, es decir, sin que su investigación se contamine de algún prejuicio. Los portavoces de ese estilo de presentación raramente problematizan sus cavilaciones y pueden, en nombre de la verdad, referirse a

la narcoviolenencia como episodio fundado prioritariamente en el individuo (es decir, reduciendo el triunvirato de Zizek –violencia subjetiva, sistémica y simbólica- sólo a la primera de ellas). Como ya hemos mencionado, un emblemático ejemplo de este tipo de declaración lo hallamos en la descripción *mediática* que se ocupa del tema, donde pululan los discursos pregonadamente *imparciales*.

El punto neurálgico de conceptualizar la narcoviolenencia como “explosión descontrolada e irracional” de sujetos desquiciados estriba en no haber comprendido que la narcoviolenencia es *intersubjetiva*. Como señala Bakhtin (1994), la violencia no ocurre en soledad: siempre se refiere a otros, o al lugar de uno frente a otros (por lo tanto, es *relacional*, sujeta a influencias *recíprocas*).

La violencia es un fenómeno *exotópico*: como acto expresivo sobrepasa la situación particular en que acontece y comunica sentidos, pero su marco de significación está “fuera” de la situación particular en que sucede (es decir, representa una forma disruptiva de acción que trasciende su ocurrencia local en el aquí/ahora). Sacude simultáneamente a cada persona en su experiencia *única*, pero en función de aspectos de la estructura de la sociedad. La elección de su uso depende no simplemente de la condición *personal* sino de la conexión entre ésta y el nido comunitario en el que ocurre”. (p. 101)

El énfasis que esa *epistemología objetivista* deposita sobre el aspecto *individual* de la narcoviolenencia no es su único rasgo reprochable. Lo es también la pretensión según la cual el observador la analiza en tanto un *objeto* de estudio. Sobre esto, hay que señalar varios desatinos. En primer lugar, que cuando nos referimos a “la” narcoviolenencia, deberíamos tener consciencia de que la estamos construyendo en el lenguaje como si se tratara de una *esencia* inmutable. Sin embargo, no lo es. Tratarla como un *sustantivo* hace relucir nuestra reiterada tendencia a *cosificar* las definiciones que usamos para ordenar y entender las realidades sociales en las que participamos. Es innegable que no observamos “la” narcoviolenencia de la misma manera en que podríamos observar y señalar una piedra, un lago o una estrella. Aquello a lo cual nombramos “narcoviolenencia” remite a un conjunto de prácticas enlazadas que ameritan clasificarse de ésa forma en función de cómo hemos definido ese tipo particular de violencia. Pero, por ello mismo, esa maniobra de *ontologización* (que convierte a la narcoviolenencia en una entidad *fija*) obstruye la posibilidad de entenderla en su carácter *emergente* (Motta, 2012), es decir, como resultado de múltiples dinámicas transaccionales en las cuales el poder circula, resiste, muta, se frena y/o se refuerza (Christiansen, 2012, 2013). Al encerrarla en una definición que omite su alcance relativo (al pretenderse universal) se robustece la idea de que la violencia es un *algo* que preexiste a las formas de

vincularnos (un algo situado “dentro” de los individuos de quienes se supone que *la* violencia emana).

Así, *individualización* de la violencia y *esencialización* de la misma son estrategias epistémicas que se ponen una al servicio de la otra, y en el relato *oficial* aparecen disimuladas tras la apariencia de “rigor metodológico”. Esas artimañas de la producción de conocimiento coronan su solvencia justamente con el presumible *objetivismo*, ya que éste funcionaría como garante de que esa realidad esencial puede ser estudiada de manera aislada y desinteresada (es decir, no-política). En gran medida la psicopatología forense abona a ese género de discurso de resonancia científica. Un caso paradigmático deriva del pasado sexenio de Felipe Calderón, cuando el entonces subprocurador José Luis Santiago Vasconcelos (principal responsable del combate contra la delincuencia organizada), se refirió a *El Chapo* Guzmán sustentando sus dichos en los peritajes criminológicos que expertos de la Procuraduría General de la República (PGR) realizaron en 2005. En esa descripción se hacían afirmaciones como las siguientes:

[Joaquín Guzmán Loera, alias El Chapo] es considerado un individuo de alta peligrosidad, que define claramente sus metas y la forma de alcanzarlas, utilizando sus habilidades de planeación, organización, negociación y proyección al futuro. Su tenacidad es producto del sentimiento de inferioridad que le produce el factor endógeno concerniente a su baja estatura de 1.55 metros, que refleja mediante una expresión de superioridad intelectual y de ambición desmedida por el poder. Destaca su alta capacidad de reacción con raciocinio; tiene necesidad de liderazgo, controla de manera adecuada su entorno, es obsesivo pero mesurado durante sus actos vindicativos, que son orientados al fortalecimiento de la estructura. En su realidad interna no existe la culpa. El éxito de sus acciones radica en sus habilidades para anticiparse a las reacciones de sus antagonistas. Lo caracteriza su egocentrismo, lo que lo lleva a pretender mantenerse en el centro de atención e importancia. Encuentra fortaleza en la generación natural de sentimientos de dependencia y lealtad hacia su persona, para crear un entorno de complicidad en el que él resulta ser el más beneficiado, a grado tal que el compromiso de sus dominados podría llevarlos a sacrificar su propia integridad física por resguardar la de él o la de su familia. La traición es un factor detonante de la agresividad que imprime a sus acciones, no le interesa ocultar su autoría, pero es reservado para aceptar su responsabilidad directa o indirecta. Cumple sus compromisos, pero también sus acciones de venganza, utilizando cualquier método violento si se siente amenazado. Es seductor, en apariencia espléndido y protector, genera círculos de confianza,

garantiza el éxito de la estructura mediante la identificación y permanencia del grupo. Sin embargo, no es indulgente con sus detractores y no vacila en romper alianzas; este factor pasa desapercibido entre su círculo principal por las muestras de solidaridad que tiene con ellos; infundiendo al mismo tiempo al resto del grupo temor reverencial. Una de sus fortalezas es la tolerancia a la frustración, por lo que la venganza no es un hecho que ejecute con la inmediatez de una persona impulsiva, su respuesta es calculada, pero insistente, su visión es dañar a su adversario utilizando sus debilidades para producir el mayor daño posible. Se observa que algunas de sus debilidades son el temor a la pérdida de lo que considera sus logros, en primera instancia su libertad, lo que le produciría un estado depresivo; en segundo lugar, la pérdida de algún miembro de su núcleo primario, que podría desencadenar una venganza planeada pero devastadora y ejemplar para los responsables. (Badillo, 2014)

Por supuesto que una enumeración semejante podría extenderse mediante otros atributos caracterológicos atribuibles generalmente al perfil criminal (maquiavélico, narcisista, astuto, etcétera). Lo capital aquí no gravita sobre el hecho de que se lo describa, sino de que se presente esa descripción como “oficial” de parte del gobierno, y que los medios de comunicación la difundan sin miramientos, recelos ni desconfianza. Es decir, esa descripción (que supuestamente explicaría la violencia perpetrada por dicho sujeto y su organización) no es neutral ni está libre de sesgos (¡porque ninguna descripción es neutral ni libre de sesgos!). Toda observación es concertada por un *observador* que hace *distinciones* (por ejemplo, observar sadismo en una persona implica dos acciones al mismo tiempo: identificar sus tendencias sádicas y, a la vez, no-observar lo que no encaja con el sadismo). Además, para poder distinguir el sadismo del no-sadismo se requiere, *previamente*, contar con una definición de “sadismo”. Aunque no lo advirtamos, observamos el mundo a través de nuestras *distinciones*. Lo que observamos no representa cómo son las cosas en estado puro sino cómo las percibimos en función de nuestro esquema constructivo anterior. Esta cualidad del conocimiento se ha llamado “autorreferencial” (porque lo conocido no refiere al mundo en sí, sino al observador). Es por esto que, observadores situados en diferentes *perspectivas* de conocimiento, podrían diferir en la descripción de lo que “ven”, y no cabría la pregunta por cuál de ellos está en lo correcto.

Como corolario de tales señalamientos, hay que destacar que la presentación y la explicación de la conducta de un individuo es acreedora de infinitas formas de observación, y ése es uno de los más acuciantes problemas no considerados por quienes asumen “la descripción única” (que, además, arrastra consigo la pretensión de tener certeza objetiva). Empero,

esta última virtud esgrimida, la certeza *objetiva*, vuelve a provocar estragos en esa epistemología clásica, porque genera la falsa expectativa de que podremos comprender la narcoviolenencia como “observadores externos”, no imbuidos ni influenciados por la narcoecología que la sostiene. Ello es erróneo, ya que nuestro abordaje de la misma resulta de un involucramiento inevitable como parte que somos de una narcocultura *licuada* con la cultura legal. De ello se desprende que un estudio de la narcoviolenencia siempre será realizado desde una “observación *participante*” (la investigación se asumirá en principio como *parcial*, porque se entiende que parte de un acto *original* de definición que *condiciona* lo que se observará). Desde ese rol, concederá que su particular manera de definir/ distinguir ‘lo violento’ involucra *decisiones* epistemológicas (no conscientes) que se verán de algún modo reflejadas en “lo observado”. Ya no tendría sustento alguno el abocarse a la narcoviolenencia como un “objeto” de estudio, porque eso prefiguraría un pseudodistanciamiento que es *imposible*. En palabras de Del Percio (2012) “el término *objeto* denota algo de lo cual no participamos, algo en cierto modo ajeno a nosotros” (p. 94). Etimológicamente, el prefijo *ob* indica *sobre, encima, superpuesto*, pero también *frente a*. Por su parte, *jectum* deriva de *iacere* (lanzar, tirar). Así, *ob-jectum* es aquello que está arrojado, lanzado frente a un sujeto (*sub-jectum*). Pero, como bien indica el jurista argentino, “*la sociedad no es algo que esté lanzado frente a nosotros, sino que nosotros somos parte de ella. No podemos ponerla en un portaobjeto y estudiarla desinteresada y acriticamente*” (p. 95). [La cursiva es nuestra]. En lenguaje recursivo, diríamos que *nosotros* estudiamos la sociedad, que somos *nosotros*.

Recapitulando, y desmantelando ese objetivismo pueril, el acto de “describir” ciertos modos de interacción en términos de “narcoviolenencia” nos retrotrae a una primera definición que permita identificarla y distinguirla de otras formas de violencia; pero resulta que no existe una división *natural* y *predeterminada* que separe las acciones narcoviolentas de las que no lo son. Esclarecer las condiciones epistémicas, culturales e históricas bajo las cuales una cierta acción llega a ser considerada y percibida como tal exige una exploración que adopte cierta *irreverencia* respecto a las verdades consagradas sobre tal cuestión.

Ahora, observar la narcoviolenencia desde una cierta *performance* irreverente no conduciría a una irrealizable investigación purgada de compromisos epistémicos, sino a un recorrido que la interpele *sin disimular* que se observa desde un ineludible horizonte de significados, preferencias y valoraciones.

Lo que queda, entonces, es encarar la pesquisa a sabiendas de que nuestra observación, descripción y explicación de la narcoviolenencia no detenta *la verdad* ni monopoliza el ámbito de las explicaciones potenciales.

Por el contrario, brota de asunciones *primitivas* (inherentes al acto de observar), que podrán ser identificadas en un momento *reflexivo* en el cual *se observe la observación realizada*, es decir, cuando se examinen concienzudamente los sesgos que han guiado, permitido y a la vez constreñido la observación. Dicha epistemología concibe al conocimiento como estando siempre sujeto a nuevas *revisiones* (pues ninguna de ellas es la última ni la definitiva, ya que la revisión también será revisable, y así sucesivamente). En consecuencia, el principio rector de esta forma de investigar y estudiar la narcoviolenencia es la *austeridad* intelectual, así como el abandono de la *arrogancia* epistemológica enarbolada en esos discursos oficiales y mediáticos que observan el narcomundo a través de un microscopio configurado para encontrar “verdades diáfanos y absolutas”. El paisaje observado desde esa mirada entumecida, se ve achatado: no admite relieves, huecos, fallas geológicas, rugosidades ni irregularidades. Se aferra e insiste en el uso de categorías *momificadas* que no permiten conectarse con las experiencias *reales* de personas de carne y hueso que portan las etiquetas y los *estigmas*.

Tal embotamiento del discurso (típico de la farandulera representación mediática) puede ser tan poco creativo como el sujetarse a la ya mencionada “descripción única” (intrínseca a las narrativas criminalizantes del relato central) o a las dicotomías apelmazadas, que no dan lugar a las *continuidades* y *porosidades* que pueden trazarse entre los extremos. Circunscribir las fronteras del narcotráfico no es una tarea sencilla si se la enfrenta con consciencia plena de los intersticios y traslapes que pueden hallarse en sus márgenes. Como afirman Giacomello & Ovalle (2006):

Las fronteras entre la “narcocultura” y las culturas oficiales se presentan bastante borrosas y se pueden enumerar varios ejemplos para corroborar esto. El derroche, la opulencia, la transgresión, el incumplimiento de la norma y el machismo son, entre otras, prácticas sociales continuamente asociadas al “narcomundo”; sin embargo, vemos que todas ellas son en mayor o en menor medida prácticas recurrentes en las culturas oficiales (p. 304).

En gran parte, el “narcoestilo de vida” exagera aspectos paradójicos de la modernidad, y, como afirma Restrepo (2001), el narcotráfico actúa “como un espejo que muestra fragmentos del mundo social y de las contradicciones de la cultura contemporánea” (p. 11. Citado por Giacomello & Ovalle, *Ibíd.*, p. 298). Así, para dar cuenta de procesos sociales que no están desconectados de la narcotidianeidad, es preciso ir más allá de la “narcofobia” y componer un acercamiento que facilite nuevas producciones de sentido. Como ya se ha dicho, tal *metamorfosis epistemológica* debe diferenciarse de la lógica polarizante que subyace a las distinciones

largamente anquilosadas en el análisis reduccionista de la violencia (pues, parafraseando a Albert Einstein, los problemas no pueden resolverse desde la *misma* epistemología en que fueron creados). Por lo tanto, el *desiderátum* de un estudio que se haga cargo de elucidar la *auténtica complejidad* del fenómeno estaría encaminado a la *desrigidización* de aquellos moldes cuadrados dentro de los cuales se ha vertido esa mezcla narcocultural. No se trataría, entonces, de sumar más *verdades* al campo de las “supuestamente ya existentes”, sino de sembrar *suspicias*: dispersar la duda sobre lo que ya se ha dicho y contribuir a la edificación de *pluriversos* (donde antes sólo había *universo*).

Ahora, si bien es cierto que pudieran abrirse insospechadas compuertas de ideas (otros “moldes”), no es menos cierto que el llamado oficial a la *acción* incita a cancelar de antemano cualquier esfuerzo *reflexivo* de largo aliento. Delinear enfáticamente la pertinencia del escrutinio *epistemológico* pudiera ser denigrado si se está demasiado obsesionado con la intervención *rápida* para la pronta erradicación de los problemas (los cuales buscan ser finiquitados de acuerdo a agendas partidarias, electoralistas y gubernamentales). En la medida en que el financiamiento de las investigaciones académicas depende muchas veces de las prioridades de *policymakers*, los científicos sociales cargan sobre sus espaldas “la obligación moral y ciudadana de avanzar en una conceptualización clara, unívoca y definitiva de la violencia” (Rodríguez, 2012, p. 67).

Por ello, a pesar de la densidad de lo planteado, persiste la incredulidad acerca del apoyo *real* que pudiera ganar un enfoque orientado a *entender* la narcoviencia antes que a “combatirla”. La compulsión por la resolución rápida, expedita, económica y estandarizable de los asuntos sociales pudiera fungir de excusa para que el fenómeno de la narcoviencia se preste mejor a ser tratada como ‘objeto’ *científico* antes que como tema *filosófico*. Como lo ha expresado magníficamente Zizek (2009), “el sentido humanitario de lo urgente y lo relevante está mediado (..) por consideraciones claramente políticas” (p. 11). Será por eso que las cavilaciones infértiles para la medición, la cuantificación, el cálculo estadístico y el resultado empírico usualmente quedan relegadas a los últimos lugares de pertinencia institucional. No podría decirse mejor que como lo ha esbozado Zizek (2009), cuando señaló que, a través de esta falsa sensación de apremio, se proclama el deber de “actuar ya”, porque no hay tiempo para reflexionar. Al respecto, afirma:

Un análisis crítico de la actual constelación global -que no ofrece soluciones claras, ningún consejo «práctico» sobre qué hacer, y no señala luz alguna al final del túnel, pues uno es consciente de que esa luz podría pertenecer a un tren a punto de arrollarnos –que a menudo va seguido de un reproche: “¿Quieres decir que no deberíamos hacer

nada? ¿Simplemente sentarnos y esperar?”. Deberíamos tener el coraje de responder: “¡Sí, exactamente eso!”. Hay situaciones en que lo único verdaderamente «práctico» que cabe hacer es resistir la tentación de implicarse y “esperar y ver” para hacer un análisis paciente y crítico. (p. 16)

En lo que sigue, ensayaremos un ejercicio semejante, persiguiendo como objetivo una comprensión enriquecida de la narcoviencia definida como fenómeno *multidimensional*. Bajo el entendido de que éste es fagocitado por (y fagocita a) un ecosistema de vectores alineados, recurriremos, como ya se adelantó, a nociones “narcoecológicas” como constructo (y sesgo) que nos facilite su abordaje. La violencia asociada al narcotráfico es susceptible de infinitas formas de relato, según el lugar donde el observador decida clavar el ancla. Seguramente no podemos evitar que cada una de esas versiones incida de distintas maneras sobre la subjetividad de los descritos (vivimos inmersos en las *recursividades*). Lo medular es preguntarnos si los modelos descriptivos a los que estamos habituados (individualizantes, objetivistas) no incurren, ellos mismos, en un modo de violencia alentada desde el propio “saber” que se presenta como Verdad y *aborta de antemano* cualquier forma de pensamiento *alternativo*. Si tal fuese el caso, devendría innegable que la fallida “solución” es parte del problema.

Y ante una Modernidad paradójica...Narcolandia!!

La insistencia en el relato condenatorio, acusatorio y des-moralizador (sobre el cual reposa la declarada “guerra contra los cárteles”), no ha facilitado un dragado epistemológico del fenómeno del narcotráfico en relación con el ecosistema más amplio. Ajustar el foco de observación únicamente a su costado ilegal hunde en la penumbra la *participación mancomunada* de la llamada “cultural oficial” en la articulación de inconsistencias, vacíos e insatisfacciones sociales que actúan como *caldo de cultivo* para el advenimiento de prácticas violentas en el narcomundo. Paradójicamente, a raíz de que la intrincada madeja de aspectos *ecosistémicos* pasa desapercibida ante esa arrasadora mirada *lineal*, el narcotráfico puede seguir incólume y resistir los embates de una lucha que persigue sólo su belicismo (mientras deja intacto el *hábitat* que lo mantiene vivo). Asumir que la actividad (su nicho ecológico) se extinguirá sólo porque se capture a los capos es tan iluso como creer que el narcotráfico subsiste sólo porque es *económicamente* rentable. Apreciaciones de esa índole no dejan captar plenamente una multiplicidad de *cuestionamientos insolentes y mensajes contraculturales* que “lo narco” implícitamente emite hacia ideales modernos incompatibles e irrealizables.

Tácitamente, el narcotráfico ha desenmascarado algunos “dobles vínculos” de la Modernidad maldiciada. El concepto de “doble vínculo” (o

doble atadura) denota una relación comunicacional en la cual una demanda manifiesta en un nivel es solapadamente anulada o contradicha en otro nivel (Bateson, citado en Hoffman, 1998; p. 29). Es decir, quien se encuentra en una situación de doble vínculo recibe mensajes *paradójicos* que le impiden interpretar y descifrar coherentemente el significado del mensaje (conduciendo a respuestas *erráticas*). Una irrefutable muestra de “doble atadura” del proyecto Moderno en Latinoamérica sirve como ejemplo de lo que venimos afirmando, y tiene que ver con un incesante bombardeo cultural de dobles mensajes que se autoexcluyen: *al mismo tiempo* que se le rinde pleitesía a la idea de *progreso* económico, se *naturaliza* la más flagrante y alevosa *desigualdad* de oportunidades.

Otra de las más corrosivas “dobles ataduras” se aloja en el imaginario colectivo, que deposita en el sistema educativo la confianza de que éste se constituya en la *via regia* para edificar un “proyecto de vida basado en el esfuerzo con sentido”, cuando, cínicamente, la escolaridad reviste experiencias de *clasismo* y *exclusión* propias de un *apartheid*:

Los ricos estudian con los ricos y los pobres con los pobres. El *apartheid* educativo viola la regla de oro de la democracia liberal (y peor si se trata de la democracia social): la igualdad de oportunidades. Las normas jurídicas consagran la igualdad de oportunidades, pero ese objetivo se desvanece en el entramado institucional y social del sistema educativo [...]. El capital cultural está tan mal repartido en nuestra sociedad como el capital económico, y aún peor, ambos se concentran y escasean en las mismas personas. Una educación socialmente segregada, es decir, que funciona en un contexto de *apartheid* social, castiga con bajos niveles de capital cultural a gran parte de la población y desfavorece la movilidad social (García y Quiroz, 2011, pp. 158-159. Citado en Wilches Tinjacá, 2014, pp. 214-215).

En este punto, y por absurdo que parezca, el primero en violentar la idea de educación como antídoto a la ilegalidad es el mismo sistema escolar. En su precariedad se manifiesta la fortaleza que el narcomundo requiere para autoproposeerse como opción de subsistencia y/o autoconfirmación. Lo lastimoso del caso es que, detrás de los “dobles vínculos”, existe la *inacción* (y ello por una sencillísima razón: dado que se emite un mensaje contradictorio, el receptor no sabe cómo responder). En lo que atañe a la institución escolar, vemos cómo, por un lado, se confiesa leal al propósito de formar ciudadanos y sujetos *críticos* de sus realidades; pero, por otra parte, cede ante la inminencia de mostrarse fiel a una lógica *económica* e *instrumental*. La prerrogativa de satisfacer los currículos y los contenidos científicos, así como la enseñanza basada en *instrucciones*, la aleja de un modelo *emancipatorio* y la acerca al objetivo de “formar trabajadores que deben capacitarse para cumplir con las demandas del mercado empresarial”

(Morin, 1984. Cit. en Wilches Tinjacá, *Ibíd.*, p. 202). Hay una grieta insondable entre lo que el sistema escolar *realmente* ofrece, lo que la cultura exige y lo que las circunstancias concretas viabilizan (y esos mandatos no siempre son reconciliables). Como indica Wilches, el contrapeso a las tentadoras ofertas del narcotráfico haría esperar que la escuela funcionara como un laboratorio de prácticas *democráticas* que permitieran confrontar creativamente las manifestaciones violentas de la narcocultura. Sin embargo, lo que atestiguamos es “la obligatoriedad de un sistema escolar que es visto como verdadero pero no relevante” (Chavarría 2012, p. 29, citado en Wilches Tinjacá, *Ibíd.*, p. 208).

La ideología educativa que, contrariamente a lo que defiende, sigue tercamente aferrada a la transmisión de conocimientos, no puede aportar gran cosa a la fermentación de sujetos inconformes e innovadores (más aún cuando el costal de conocimientos transferidos no le genera, al individuo, recursos intelectuales para evaluar con perspicacia su propia narcotidianeidad). Por otra parte, hay que señalar que (aunque parezca una obviedad) las carencias del sistema escolar no son mejorables con el mero aumento de infraestructura material. El deterioro, la pobreza y el hacinamiento que caracterizan a muchos de los establecimientos escolares mexicanos no constituyen su único ni principal problema. Tampoco lo sería el rezago académico evidenciado ante los estándares internacionales. Más álgido que estos “graves” problemas son las *opacidades* culturales que el sistema escolar *reinyecta*, particularmente la inequidad, la competitividad egoísta, la apatía social y el elitismo económico (todos ellos conformando un *collage* que devalúa el ideal de la cultura del esfuerzo a largo plazo). Fácticamente considerada, la educación ofrecida está más fuertemente supeditada a la *productividad* que a la gestación de espíritus *libres*. El pensamiento reflexivo, el cultivo de la argumentación filosófica y de la expresión artística son falsamente valoradas, ya que se las respeta siempre y cuando sus ínfulas no toquen los presupuestos institucionales. Wilches (2014) lo indica deliciosamente:

(..) los especialistas en educación para el crecimiento económico no se limitan a hacer caso omiso de las disciplinas artísticas y humanísticas. En realidad, les tienen miedo, pues el cultivo y el desarrollo de la comprensión resultan especialmente peligrosos frente a la moral *obtusa*, que a su vez es necesaria para poner en práctica los planes de crecimiento económico que ignoran la desigualdad. Resulta más fácil tratar a las personas como objetos aptos para ser manipulados si uno nunca aprendió a verlas de otra manera. En palabras de Tagore, el nacionalismo agresivo necesita *embotar* la conciencia moral y, en consecuencia, necesita personas que no reconozcan lo individual, que hablen una jerga grupal, que se comporten como burócratas dóciles y que también vean el mundo como tales (p. 46. *Cursivas nuestras*).

Asimismo, el autor se manifiesta no impresionado por el hecho de que las ofertas de modelos ilegales (como el de la narcocultura) se hayan instalado ante la resistencia del modelo educativo a mirar los contextos antes que las cifras y los seres humanos antes que los trabajadores. Esa indiferencia y desconexión de la institución educativa ante la búsqueda desesperada de inserción y progreso aparece debidamente mostrada en las ficciones televisivas que buscan justificar el origen y la legitimidad del narcotráfico. Si bien el género de la narconovela no ha negado la dimensión *criminal* del trasiego ilegal de estupefacientes, ha prestado cierta *justificación* del ingreso al narcomundo al destapar algunas de las vicisitudes de los personajes y la falta de elecciones creíbles. La capacidad modeladora de las narcoficciones no es en absoluto insignificante; están muy lejos de representar un mero dispositivo de entretenimiento, ya que en gran medida logran recrear realidades que sintonizan mejor con lo percibido alrededor nuestro (y que además son consumidas por televidentes que tanto pueden sentirse disuadidos de las calamidades del narcotráfico como también seducidos por el reconocimiento social rápido y sus ganancias). La escasa sensibilidad crítica antes los costos y riesgos que el narcotráfico supone puede incluso coadyuvar en la *admiración* hacia los personajes que ostentan un estilo de vida donde el poderío económico es un signo de *prestigio* y *emulación*. Aunque se autopresente como *ficción*, la narconovela es *informativa*, y tal modelación no es para nada ingenua (como tampoco lo es el periodismo cuando dice cubrir de manera “neutral” los *hechos* (presentando a éstos como “lo dado” y no como “lo manufacturado”).

Frente a ese menú *interactivo*, donde se acogen y se despliegan multisensorialmente las narconarrativas, la experiencia escolar ha perdido centralidad. Incluso luce como *anacrónica* respecto a lo que los jóvenes actuales viven como “necesidades”. Allí donde la pereza e indolencia institucional se han mostrado con aguda crudeza, el narcotráfico ha montado no sólo una infraestructura comercial ilegal sino también un *promocionado* escenario que promete dar lo que el aparato estatal ha negado, a saber: la posibilidad de “tener”, y por lo tanto “ser alguien” de manera abreviada y sin atravesar necesariamente por el colador del clientelismo académico. Por otro lado, el narcomundo ha burlado la tibia credulidad de que la educación actual es ineludible *garantía* de una *ética civil* (ha logrado ironizar tal ecuación al integrar a su esfera a una amplia gama de profesionales con formación *científica* y al mostrar la naturaleza fácilmente *corruptible* de una clase política “ejemplarmente educada”). Como aduce Wilches (Ibíd.), la educación se ha ido vaciando de interés al exhibirse como un escalón innecesario, incómodo o incongruente con una realidad cuya bandera convence de que el dinero vale más que las personas:

Las *fallas* del modelo legal para satisfacer las demandas de las

personas que intentan acceder a las oportunidades que les aseguren un bienestar individual y familiar, ofrecen un amplio margen para que, desde las representaciones de situaciones cotidianas y sectores excluidos, se presente al narcotráfico como un camino que ofrece alternativas riesgosas, pero *válidas*, para ascender y gozar de prestigio social (p. 205. *Cursivas nuestras*).

Narcomundo y Cultura Legal: dos nichos ecológicos y un mismo ecosistema

Resulta interesante reparar en las *intersecciones* que pueden detectarse al observar cierto desdibujamiento de las demarcaciones entre la subcultura del narcotráfico y el mundo de la legalidad. Transpolando lo que Wilches indica sobre los colombianos, puede aducirse que lo relatado en el género de la narcoficción imprime en los personajes involucrados actitudes que se corresponden con la del latinoamericano promedio; por ejemplo, la desconfianza en las instituciones, la baja tolerancia al pensamiento diferente y la displicencia hacia la movilidad social. El autor enfatiza además otras *continuidades*, entre ellas las estéticas (“Los ricos aceptan el dinero, pero no los gustos del narco, aunque terminan siendo muy parecidos” (Ibíd., p. 217)). La *estratificación* clasista es otro de los rasgos que se replican *piramidalmente* tanto dentro como fuera del narcomundo:

La clase media trabaja en los oficios en los que se requieren profesionales para “modernizar” el negocio, entre los que se destacan (..) abogados, contadores, ingenieros, médicos, comunicadores sociales y políticos, entre otros. Los más pobres serán proveedores de violencia [como el sicariado], oficios no calificados, sexo y servicios de mensajería y encubrimiento (Ibíd., p. 217).

Así, paulatinamente, “La indiferenciación de la cultura “legal” del *statu quo* con la “ilegal” del narcotráfico ha ido recorriendo distintos espacios sociales, hasta interiorizarse en el sentido común de los individuos” (Ibíd., p. 213). En tanto “nuevo rico”, el habitante del narcomundo se ha ido mezclando en los espacios ciudadanos: puede acceder a costosísimas escuelas, universidades, gimnasios, restaurantes, hoteles, shoppings y fraccionamientos (o *countries*) que anteriormente le hubieran estado vedados. Hay, en este punto, una impetuosa *con-fusión* entre los confines de “ambos mundos”.

Por otra parte, como lo señala Ovalle (2010), la imagen del narcotraficante rural y campirana (“sinaloense”) ha sido reemplazada, desde hace tiempo, por la del urbano, cosmopolita y especializado empresario ilegal. A pesar del discurso oficial (que trata de explicar la perdurabilidad de las redes del narcotráfico como debidas al uso de la violencia y a la instrumentalización de la corrupción), dicha actividad se sostiene *también*

por la *condescendencia* de sectores específicos de la comunidad, donde el narcomundo goza de *legitimidad*. Es innegable que el *temor* es un mecanismo regulador de las relaciones entre los narcotraficantes y su medio social, pero también lo es la *complicidad*, la *simpatía* y la *gratitud* que pueden llegar a recibir los narcotraficantes de parte de quienes, sin estar comercialmente involucrados, se ven beneficiados con los aportes que aquellos hacen en sus regiones (vivienda, espacios públicos, escuelas, hospitales, etcétera). Ovalle (2010) avizora dicha figura como la de un “cacique generoso” cuyo rol vendría a subsanar roles que le deberían concernir al Estado (por demás ausente). De esa forma, va adquiriendo “realidad” la imagen del individuo transgresor que no sólo posee poder, sino que lo actúa, lo exhibe, lo ostenta, lo exagera y lo goza, presumiendo una *generosidad* suficiente para despertar *idolatrías*. Esta es una efectiva fuente de *aceptación* social, que se refuerza mediante las conductas *ritualizadas* que materializan el poderío económico (como lo es, por ejemplo, la construcción de nuevos panteones en la localidad y, en ellos, de monumentales mausoleos construidos en vida, o la apertura de restaurantes donde las familias pueden comer hasta el hartazgo por un pago simbólico).

Por supuesto que, tal “generosidad” traducida en “ayuda”, es en gran medida planeada y estratégicamente *calculada* (ya que crea un compromiso en el “ayudado”, de quien se espera connivencia y protección). Los sanguinarios efectos de la no-reciprocidad nos lo cuentan las noticias del día (ejecutados; ahorcados; colgados, decapitados; encajuelados; deslenguados; encobijados; entambados; embolsados; las hieleras y toda esa escalofriante geografía del terror que se ejerce, como antaño, sobre los *cuerpos*).

Sin embargo, la exaltación de la más cruenta de las facetas del “capo” no alcanza a dinamitar la mística que para muchos glorifica la imagen del narcotraficante (ello es más que notable en el citado caso de “El Chapo Guzmán”, con respecto al cual hay, en el imaginario social, una suerte de demonización/idealización que oscila de época en época (según se encuentre recluido o fugado) y una sórdida intriga por sus familiares, en especial por su esposa, la ex Reina de Belleza, Emma Coronel Aispuro). Lo mismo puede observarse en referencia a Sandra Ávila Beltrán (“la Reina del Pacífico”) y Laura Elena Zúñiga Huízar (“Nuestra belleza Sinaloa 2008”). Como lo han documentado extensamente Lagunes Huerta y Gonzalez Nicolás (2009), la estrategia informativa que los medios implementaron para presentar y difundir estos casos muestra que el meollo de la noticia no era la meditación acerca de la creciente participación de las mujeres en la delincuencia organizada, sino la “caída en desgracia” de quienes disfrutaban de “la buena vida” (atributo altamente deseado por el ciudadano común). Como expresan las autoras: “Se ponderaron los adjetivos, no los nombres de pila de estas mujeres, ni quiénes son, ni cuál fue su problemática, ni cuáles sus motivos ni

cuál era su situación de vida. Simplemente fueron: ‘La Reina del Pacífico’ [y] ‘Miss Sinaloa’” (Ibíd., p. 9). La “pantallización espectacularizada” de la identidad de estos personajes refleja las *ambivalencias culturales* hacia los “capos” y las “reinas” del narcomundo (así como de los *narcojuniors*, las buchonas, las narco-esposas, etcétera). Sin ser el centro de los acontecimientos en términos jurídicos, lo fueron en la reconstrucción de “la noticia”.

Valió más una ‘Reina’ que un ‘Tigre’, una ‘Miss’ que un ‘Pesado’ (...). Los “novios” no fueron expuestos a la opinión pública a pesar de que se dijo que eran más peligrosos que ellas. Por separado, cada una de ellas tuvo cierto tratamiento periodístico. En el caso de Sandra Ávila Beltrán, no se dejó de presentar su “liderazgo” como un hecho insólito y siempre se le miró desde su condición de mujer- objeto. De Laura Elena Zúñiga se explotó su belleza, antes que la problemática de la juventud frente al narcotráfico. (Ibíd., p. 10)

La atención de los televidentes no ha sido acaparada por el análisis *crítico* sobre el fenómeno sino por el escándalo y el “factor sorpresa” (la imagen de dichos personajes resulta más atractivo, consumible y vendible si se las representa como espectáculo de dinero, poder, sangre y crimen). Las autoras acompañan su estudio con una muestra de la “mirada” gráfica (fotografía) que acompañaba a las noticias en cada caso, y que reforzó un estereotipo femenino inconfesablemente fascinante en el imaginario colectivo: se trataba de mujeres bellas, atractivas, jóvenes, ricas, raras, poderosas, temibles, aventureras, pero también transgresoras, malas, duras, perversas. Los adjetivos con los cuales la crónica las describía revelan esa *dualidad* entre lo repudiable y lo reverenciado (‘la Reina’, ‘la Miss’). Acerca de Sandra Ávila Beltrán (apodada “la Reina del Pacífico” en alusión al afamado libro *La Reina del Sur*, de Arturo Pérez Reverte) el periodismo explotó su origen en la “narcocuna” y su imagen “glamorosa” dentro de un mundo marcadamente masculino: “Se le calificó como “publirrelacionista”, como mujer encargada de “lavar” el dinero producto del tráfico de drogas, como pariente de una familia de narcos y como “novia” de hombres “pesados” en el narcotráfico, es decir, de hombres importantes del “negocio”.” (Ibíd., p. 74) En el caso de Laura Elena Zúñiga, nuevamente se *mezclaron el rechazo con la atracción*. Originaria de Sinaloa, la “flamante” ganadora de importantes concursos de belleza fue mostrada como una prototípica “mujer-trofeo”, cuya esbeltez le concedió el privilegio de ser “elegible” y elegida por un capo (entre todas aquellas a las que, aun conociendo el riesgo, “les gusta lo bueno”). Los *tornasoles* de la deseabilidad social se manifiestan de ambas partes en la narcotidianeidad en la que vivimos: muchos hombres que envidian a los “capos” por poder acceder a “las más bonitas” y muchas mujeres envidiando a las “reinas” por

ser escogidas por un “duro” que les dispense lujos sin tener que trabajar. Estos *clichés* mediáticos no fueron inmediatamente desestimados al confrontar la delicada situación existencial y legal en la que estas protagonistas se encontraban al momento de ser noticia (quizás en parte porque el ciudadano “sabe” que la cadena de corrupción que gravita en torno a sus detenciones no tardará en surtir efectos, tras lo cual volverán a presentarse nuevamente como sujetos poderosos capaces de desairar la ley cuantas veces sea necesario (el Chapo Guzmán, tres veces “fugado”, es el mejor ejemplo). Así, la estereotipificación periodística de estas mujeres (encubierta bajo el molde de mera “crónica”) no hace sino vigorizar las *contradicciones culturales* que forman parte de la *narcoecología*. Dos versiones de féminas representadas en la fantasía mediática de la “*narco-socialité*”, dos musas contrapuestas pero complementarias en el “ideal” masculino: “la mujer fuerte, de poder, la “cabrona”, la de “armas tomar”, Sandra Ávila Beltrán, contra la dócil, la tierna, la mujer adorno, Laura Elena Zúñiga Huízar”. (Ibíd., p. 36). Y a partir de esta escenificación un poco macabra y un poco hechizante, el juego dicotómico: la fuerte y la débil, la protagonista y la víctima, la sujeto y la objeto, la villana y la seducida, la retadora y la desvalida, la altanera y la arrepentida. De esta manera, la obligada cobertura de los “hechos” se circunscribió a aspectos que pueden ser juzgados taxativamente como “superficiales” y “esnobistas”, pero que reflejan (y alimentan) el tipo de mercado existente (que se deleita en el detalle de la imagen y la palabra, en lugar de hacerlo en la reflexión y el cuestionamiento de fondo). Es asombroso que se supiera mucho más de “ellas” que de los “capos” a quienes acompañaban (aun cuando Sandra Ávila Beltrán fue detenida junto con su novio, el capo colombiano Juan Diego Espinoza Ramírez, alias El Tigre; en el caso de Laura Elena Zúñiga Huízar, fue detenida junto con su novio Ángel Orlando García Urquiza, presunto “operador y principal cabeza del cártel de Juárez”). Evidentemente, la empresa periodística encuentra más rentable el *narco-show* que el análisis serio de estas *paradojas culturales* (que responde a las demandas de un ansioso público que quiere regocijarse, al menos por un rato, en la narcofantasía de los poderosos).

En la configuración de estos entramados difusos (e intransigentes a una apreciación definida y categórica), se van sedimentando discursos y prácticas que progresivamente *naturalizan* los antagonismos, al punto de que, en determinado momento, ya no se verán como tales. Lo contradictorio deja de sentirse como tirantez y se vuelve posible manifestar deseos que se contraponen. Dicha *naturalización* supone una espesa red de juicios que se van articulando *complejamente*, y es una de las vías más seguras para la *autolegitimación* de formas de vida y acción que, desde una perspectiva más lejana, se considerarían inválidas, ilegítimas y nimias. Ése constituye *uno de*

los múltiples tentáculos del poder usado por la narcocultura para lograr el camuflaje y la mimetización con la cultura oficial. Los logros no siempre se han obtenido a través de los visibles mecanismos tradicionales (compensar, y ser amado/ castigar, y ser temido); por el contrario, uno de los más eficientes caminos para la *mixtura* cultural ha sido justamente el uso de una retórica *visual* que no deja ninguna duda sobre su capacidad de imponer una determinada visión de las cosas y de torcer voluntades, motivaciones y deseos. El narcomundo ha conseguido entreverarse con la población general al expresar a su favor la elocuente *actuación* de su poderío: enriquecimiento veloz y que no depende de una larguísima y excluyente educación formalizada. En gran medida, su legitimación ha corrido por la vía de la *teatralización* de su éxito (lo cual adviene *imperceptiblemente*, y constituye el motor de su potencialidad). En la jerga de Pierre Bordieu (2002), tal operación representaría, como lo dijimos en referencia a Zizek, un “poder simbólico” que debe su fuerza, precisamente, a su *invisibilidad* (pues, al no ser observable, no genera resistencias o contrapoder). Como señala Ovalle (2010):

la forma en que las redes del narcotráfico ejercen este tipo de poder está en el aire. La naturalización de los “ajustes de cuenta” en los territorios explorados. La naturalidad con la que se recibe la noticia de “dos ejecutados más” “tres desaparecidos” una balacera” (..) La creencia de que es mejor no hablar, no saber, no mirar, no husmear. Incluso los escasos trabajos académicos que se realizan sobre el tema - a pesar de la inminente necesidad- constituyen una evidencia empírica de la *violencia simbólica* que ejercen las redes del narcotráfico sobre el conjunto de la sociedad. (p. 90. *Cursivas nuestras*)

La violencia simbólica opera a través de la producción de “verdades”, por lo cual se dirime en un campo de fuerzas donde la beligerancia no reside en las armas o los cuerpos sino en un subrepticio arsenal de *ideas* que se van petrificando a través de las conversaciones que se mantienen en esos encuentros sociales “mixtos” (entre quien pertenece y quien no pertenece al narcotráfico). No hay táctica de manipulación más operativa que la de inducir “realidades” (es decir, lograr que, veladamente, la propia interpretación de las cosas se vea como la manera “correcta” de descifrar la realidad). En el análisis de Ovalle acerca de estos ocultos pero potentes mecanismos del poder, se recalca su importancia para comprender la capacidad de las redes del narcotráfico en influir en la percepción de la realidad de los demás. Adhiere al punto de vista de Gyarmati (1984) acerca de cómo, a través de dicho ejercicio de poder eclipsado, se va mermando el potencial confrontativo (en la medida en que los intereses dejan de verse como antitéticos a los propios). En ese panorama, Ovalle considera que “creerse la mentira de que “de eso es mejor no hablar” no es un simple acto

de inofensiva credulidad, ya que, como afirma Foucault “creer y repetir la mentira es crear la verdad” (1991, p.198. Citado en Ovalle, *Ibíd.*, p. 90).

Poner de relieve este aspecto es de máxima pertinencia si se piensa que la reinante embestida a los cárteles ha basado sus políticas de intervención sobre la quimérica premisa de que el poder actúa sólo *represivamente* y que se deposita coactivamente sobre quien lo padece. Por el contrario, como afirma Ovalle (2010) desde una posición foucaultiana, el poder invade a aquellos sobre quienes se ejerce, pasa por ellos y a través de ellos; por ejemplo, fuera de un marco cultural *hiperconsumista*, no se comprenderían esas prácticas de gastos opulentos, delirantes, obscenos: “Tener el reloj de la mejor marca y el más costoso, andar con la mujer más bonita, ir a los mejores sitios, tener la casa más vistosa, los automóviles más lujosos; son expresiones de la búsqueda de aceptación de los sujetos”(p. 86). No es solamente el “poseer” sino el “dominar”. Como dicen popularmente en el narcomundo: “mientras los burgueses quieren ser poderosos haciéndose ricos, nosotros queremos ser poderosos dando órdenes” (Rincón, 2013, p. 3). Así, a través de conductas que pudieran juzgarse como una simple imitación malhecha del “genuinamente rico” (el rico con *caché*), estos grupos “comunican su existencia y persistencia como proyecto de *inclusión* y como forma de vida validada socialmente” (Ovalle, 2010, p. 78). En contra de lo que podría interpretar un observador desprevenido, la *sobreactuación* del éxito no es pura *vanidad*. Ciertamente hay un deseo de “ser mirado” y envidiado: “¿para qué se es rico sino es para lucirlo y exhibirlo?” (Rincón, *Ibíd.*, p. 3). Pero, dicha *dramatización* del poder está enmarcada, además, en un conjunto de *normas* básicas que los “sujetos-narcos” crean y recrean por medio del discurso; por ejemplo, respetar rigurosamente las reglas del silencio, la confidencialidad, el anonimato, el pago de las deudas, el respeto a ciertas jerarquías, el cumplimiento estricto de los pactos y la reivindicación del uso de la violencia como garante de sus transacciones (pues, por ser ilegal, el apego a los acuerdos no puede ampararse en la ley). Ahora, si bien el acatamiento de dichas normas, tiene un fundamento *operativo* (ya que deviene indispensable para que su proyecto ilegal resista la persecución) también asumen un fundamento *identitario* (entrañan un *deber-ser*, un modelo de *subjetividad* que, una vez introyectado, marcan el devenir y la pertenencia al submundo del narco).

En consecuencia, habría que desmentir (o, al menos, controvertir severamente) la lectura que los discursos oficiales hacen acerca de la violencia extrema del narco como si se tratara exclusivamente de una muestra de la *barbarie* de estos actores transgresores (Ovalle, 2010). Visto nuevamente desde su cosmovisión, hasta el hecho aparentemente salvaje de “disponerse a matar” forma parte de un cómputo racional cuidadosamente diseñado y planificado. Que el narcotráfico sea una actividad ilegal y

transgresora no lo convierte en un ámbito no-regulado o de sujetos no-normificados (sólo que la normificación sigue sus propios cánones). Dice Ovalle (Ibíd.):

Las prácticas transgresoras que se evidencian en su cotidianidad - desde aspectos tan sencillos como el volumen de la voz y de la risa, los temas que recurrentemente tratan en sus conversaciones (sexualidad, escatológicos), hasta la violencia exacerbada que se exhibe en estas redes- permiten pensar que en la vida cotidiana de quienes están inmersos en las redes transnacionales del narcotráfico no existen marcos represivos y que su campo es un campo de todos contra todos, o en palabras de Foucault (1999) “un mundo atravesado por los espíritus animales”. Sin embargo, se pueden identificar mecanismos mediante los cuáles las redes del narcotráfico, para garantizar la permanencia de su actividad económica, constituyen mediante el discurso los “sujetos narcos”, cuerpos aleccionados por la autoridad del narcotráfico. En este particular mundo de vida se instaura un orden regido por sus propias reglas (p. 90).

Conviene, entonces, repensar la conflictiva e irresuelta relación entre el narcomundo y la cultura legal desde la convicción de que el estilo de vida *narco* orbita no sólo en torno a la “ética de la pistola y el billete” sino también de la *autosuperación*, el anhelo de “ser alguien” y el *revanchismo social*. Como aduce María Luisa de la Garza (2008), no es extraño que, en ausencia de una justicia social equitativa, se reivindique el poder de un arma. Aludiendo a los polémicos pero populares “narcocorridos”, advierte:

Si se supone que, mal que nos pese, son unos discursos *nuestros* (o de una parte de *los nuestros*), habría que escuchar con más detenimiento no sólo lo que estas canciones dicen de “ellos, los narcotraficantes”, sino especialmente lo que dicen de “nosotros, los otros” que los juzgamos deleznable, para ver si su ética es en realidad una ética “desviada” o bien las instituciones y los grupos dominantes han preferido desviar su mirada para solo enfocar una parte del problema (p. 8).

Conclusión

Tras hacer estos tanteos preliminares por la malla de significados que se entretienen en el “narcohábitat” del ecosistema cultural, quedan evidenciadas las *fragilidades epistemológicas* de un discurso que se limita a sobredimensionar el virulento lado delincuencia de dicha actividad sin sondear en las capas profundas del fenómeno ni avistar el delicado *equilibrio de fuerzas* que le da aptitud a tal ecología social. El enfoque criminalizador que ajusta su foco de observación a los “individuos violentos, antisociales y ruines” está impedido de aprehender empáticamente los nidos o desiertos relacionales dentro de los cuales han transcurrido sus biografías y sus

desventuras existenciales.

En cambio, cuando la narcoviencia es observada desde una epistemología que la afronta como cuestión *compleja* y de *múltiples* niveles, “lo narco” puede entenderse como un “devenir” (y no como un “Ser”). En ese devenir se *conjugan* una diversidad de factores que, *combinados*, promueven un destino que podría no haber sido inexorable. Desde una “visión *ecológica anidada*” es factible identificar no solamente las diferentes dimensiones que influyen sobre el individuo sino también los “factores de riesgo” que acechan en cada nivel y que, *enlazados*, trazan el camino de ruta hacia un narcomundo más que dispuesto a reclutarlos y convidarlos a una especie de viaje a “Tierra prometida”.

Al interior y al exterior del “narcohábitat” donde fermentan las conductas violentas hay mucho más que sujetos aislados y mentes enfermas. Siendo “un cóctel que no se mezcla sólo”, la narcoviencia germina en virtud de la coparticipación de una extensa *red de actores* (los cuales pueden fungir, si no como determinantes, sí como *inductores* o *facilitadores*). Podría aún esgrimirse que la conducta *antisocial* de esas “bestias sanguinarias” (cuya furia parece brotar inexplicablemente de la nada) está causada por algún Trastorno Antisocial o Trastorno del “Apego” (función de la cual depende en gran medida el desarrollo de la capacidad de empatía, el sentimiento de culpa y la autorregulación de las emociones). Pero aún frente a este alegato, la cuestión sigue siendo *relacional*. Porque, si bien puede ser sensato afirmar que, en las personas con conductas muy agresivas prevalece un tipo de Apego Inseguro o Desorganizado, el deterioro de dicha función está correlacionado con la inadecuada maduración cerebral que resulta de la falta de cuidados tempranos, la exposición a elevadísimos grados de estrés y el consecuente truncamiento del desarrollo pleno de la neuroplasticidad y el neuroaprendizaje del que dependen en gran medida el manejo emocional (Barudy & Dantagnan, 2010). Que el afectado por un trastorno antisocial sea un sujeto particular no lo convierte en tema *individual*. En principio porque, de las alteraciones de la neurobiología del cerebro infantil propiciadas por maltrato, es responsable el adulto cuidador (primariamente los padres biológicos, pero, en ausencia o incompetencia de éstos, lo son las instituciones que deberían ofertar una *parentalidad social reparadora*). El fino hilado de las instituciones rebasa lo individual (nivel *ontosistémico*) y lo familiar (nivel *microsistémico*), y adquiere un papel clave en tanto “pulmón *resiliente*” (nivel *mesosistémico*). Sin embargo, cuando se está inmerso en un medio donde la organización multisistémica presenta fracturas tan inconmensurables, las desidias disparan su misil demoleedor. Hay un efecto acumulativo a lo largo de las reiteradas experiencias de desvalorización sufridas en un nivel primario y *potenciadas* con experiencias del mismo tenor pero en niveles sistémicos superiores. Que las instancias que pudieran

frenar, inhibir y desactivar las respuestas reactivas al maltrato se conviertan, ellas mismas, en nuevas ejecutoras de conductas maltratantes, no puede sino promover una escalada de muy difícil reversión. Huelga decir que un sistema escolar excluyente no haría más que acentuar las carencias que acompañan a las adversidades y las contingencias. Ni hablar de la incidencia de las desigualdades insoportables favorecidas por el modelo económico neoliberal globalizante (que actuaría desde un nivel *macrosistémico*).

En la atmósfera de vulnerabilidad e inestabilidad que generan las situaciones multiproblemáticas, no es extraño que los recursos empáticos de las personas acaben drásticamente disminuidos; ahora, ello tendría que poder ser visto no como un defecto del individuo, sino como resultado de un *fracaso* de la *parentalidad social* (definida ésta como la capacidad que una comunidad tiene para cuidar, proteger, educar y socializar a sus miembros, aún en ausencia de las figuras parentales biológicas). Si se tiene en cuenta que el impacto del maltrato en la infancia no depende sólo del daño infligido, sino también de las posibilidades *terapéuticas* que el entorno ofrezca para elaborarlo (Barudy & Dantagnan, 2010), se puede redimensionar la importancia crucial que adquieren las agrupaciones comunitarias, las instituciones y el Estado en tanto “fuentes de resiliencia parental” (las cuales deberían proporcionar “factores de protección” para contrarrestar, en cada nivel, los “factores de riesgo”).

Pero, como ya se ha dicho, cuando este tejido conectivo tan decisivo es quebradizo o inexistente, la oportunidad de ser puesto en una “incubadora relacional” queda reducida a la nada. Allí donde el sujeto hubiera podido naturalizar el buentrato y aprender mecanismos de afrontamiento sanos y reparadores, se abre la posibilidad de ser “adoptado” por un grupo que propone una alternativa de *inclusión y pertenencia* a la vez que impone códigos de lealtad altamente desafiantes de la ley. No obstante, ese submundo ilegal e impregnado de riesgos se oferta como contrapartida a la expulsión del sujeto de esos tres ámbitos tan vitales que son el familiar, el escolar y el laboral (Míguez, 2004). El narcomundo puede prometerle a los más frustrados cumplir el sueño de esa modernidad que le ha sido *mostrada* pero *negada*, y puede poner a su merced el acceso a un hiperconsumo que funciona como *anestésico*. En esa expectativa quedaría plasmado cierto “pacto fáustico” entre el marginado y su “narcosalvador”:

[d]ame un poder inimaginable, la posesión de millones de dólares, de autos y las residencias y las hembras superapetecibles y la felicidad de ver el temblor y el terror a mi alrededor y yo me resigno a morir joven, a pasar los últimos instantes sometido a las peores vejaciones, a languidecer en la cárcel los cuarenta años restantes de mi vida (Monsiváis, 2004, p. 26. Citado en Maihold, 2012, p. 64)

A la luz de lo expuesto, podemos retrotraernos al inicio del trabajo y

diferenciar entre el hecho de “participar en el negocio del narcotráfico” y el de “participar en una narcocultura”. Aun cuando nos sepamos fuera de lo primero, dudosamente estemos fuera de lo segundo. Habitamos la narcotidianidad cuando la vemos a nuestro alrededor. Hugo Méndez Fierros entendió muy bien este punto al afirmar:

Lo narco no es precisamente, *el narco*. Lo narco es lo que sobre el narco se imagina. Lo narco es la representación social reconstruida a partir de la emanación de sentido en torno de usos, costumbres, ritos y prácticas de los que comercian con drogas ilegales. [...]La narcotidianidad es el vecino que, hartado de vivir apegado al decálogo de "la cultura del esfuerzo", "apretarse el cinturón" y "empujar parejo", decide prosperar económicamente de la noche a la mañana y erige una "tiendita" en su cochera. [...] La narcotidianidad es la iglesia que niega las narcolimosnas y absuelve a los capos del cártel más conocido de esta región. (Méndez Fierros en Maihold 2012, p. 67)

De esa narcotidianidad podemos formar parte incluso sin tener las “manos sucias” y sin haber proferido jamás la “pirotecnia verbal” de un narcocorrido. El fenómeno tiene tantas aristas que difícilmente no nos veamos enredados de algún modo inesperado. Y siendo así, una *epistemología austera* pudiera aminorar los efectos traumáticos de descubrir que no somos los que creíamos. Desde su exhortación a observar sin la pretensión de ver el mundo “en blanco y negro”, dicha epistemología quizás nos habilite a estudiar la narcoviolencia sin sentirnos forzados a decir de qué lado estamos. Después de todo, y como todo, ni es Narcoinferno ni es Narcolandia.

References:

- Badillo, Miguel (2014). El perfil criminológico de El Chapo. *Contralínea*. 24 de febrero 2014, Disponible en <http://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/index.php/2014/02/24/el-perfil-criminologico-de-el-chapo/>
- Bakhtin, Mikhail (1994). *The heteroglot novel*. En: Morris, Pan (org). *The Bakhtin Reader*, pp. 88-122. Londres: B. Arnold, 1994.
- Barudy, Jorge; Dantagnan, Maryorie. (2010). *Los desafíos invisibles de ser madre o padre. Manual de evaluación de las competencias y la resiliencia parental*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (2002). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Mexico: S. XXI. 1997.
- Chavarría, María C. (2012). No todo lo que se dice Montessori lo es: decodificación de elementos esenciales en un mundo globalizado. *Actualidades Investigativas en Educación*, 12 (2), pp. 1-38.
- Christiansen, María L. (2012). Las relaciones de poder desde una epistemología

- sistémica. *European Scientific Journal*, 8(20), pp. 141-162.
- Christiansen, María L. (2013). Violence and Maltreatment in Relational Ecologies: Toward an Epistemology of Corresponsability. *Interpersona: An International Journal on Personal Relationships*, 7(1), pp. 150-163. DOI: 10.5964/ijpr.v7i1.115
- De la Garza, María Luisa (2008) *Pero me gusta lo bueno. Una lectura ética de los corridos que hablan del narcotráfico y de los narcotraficantes*. México: Porrúa.
- Foucault, Michael (1991). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta. 1978
- Foucault, Michael (1999). *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós.
- Del Percio, Enrique (2012). Presupuestos epistemológicos de la violentología. En F. Caviglia (Ed.), *Violentología. Hacia un abordaje científico de la violencia*. Buenos Aires: Ciccus.
- García Villegas, Mauricio y Quiroz López, Laura (2011). Apartheid educativo: educación, desigualdad e inmovilidad social en Bogotá. *Economía Institucional*, 13 (25), pp. 137-162.
- Giacomello, Corina; Ovalle, Liliana (2006). La mujer en el "narcomundo". Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, (24) pp. 297-318. Universidad de Guadalajara. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402411>
- Gyarmati, Gabriel (1984). *Las profesiones. Dilemas del conocimiento y del poder*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Hoffman, Lynn (1998). *Fundamentos de la Terapia Familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas*. Mexico, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Lagunes Huerta Josefina y Gonzalez Nicolás Lucía (2009). *Las mujeres en el crimen organizado: narcotráfico y secuestro. ¿Tema de información y disertación periodística?* México: CIMAC Comunicación e Información de la Mujer, AC y Fundación Friedrich Ebert.
- Maihold, Günther y Maihold Sauter Rosa María (2012). Capos, reinas y santos - la narcocultura en México. *iMex. México Interdisciplinario. Interdisciplinary Mexico*, 2(3), pp. 64-96.
- Monsiváis, Carlos (2004) De lo que sabemos parcial o borrosamente del narco. En: VV.AA.: *Viento rojo. Diez historias del narco en México*. México: Random House
- Mondadori, pp. 22-29.

- Morin, Edgar (1984). *Ciencia con conciencia*. Madrid: Anthropos.
- Motta, Carlos (2012). Complejidad y Violencia. En F. Caviglia (Ed.), *Violentología. Hacia un abordaje científico de la violencia*. Buenos Aires: Ciccus.
- Ovalle, Lilian (2010). Narcotráfico y poder. Campo de lucha por la legitimidad. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, pp. 77-94.
- Reguillo, Rossana (2011). La narcomáquina y el trabajo de la violencia: Apuntes para su decodificación. *Hemispheric*. Disponible en www.hemisphericinstitute.org
- Restrepo, Luis (2001). *La fruta prohibida*. Bogotá: Panamericana.
- Rodríguez, Gina (2012). El encubrimiento de la violencia originaria. En F. Caviglia (Ed.), *Violentología. Hacia un Abordaje científico de la violencia*. Buenos Aires: Ciccus.
- Rincón, Omar (2013). Todos llevamos un narco adentro. *Matrices*. 7(2), pp. 01-33
- Stevenson, Robert (2006). *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde y otros relatos de terror*. Traducción de Juan Antonio Molina Foix. Colección: El gato negro. Madrid: Valdemar.
- Wilches Tinjacá, Jaime (2014) ¿Y educar para qué? Representaciones mediáticas de narcocultura en los modelos del progreso económico y prestigio social, *Desafíos*, Bogotá, 26(1), pp. 199-234.